



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

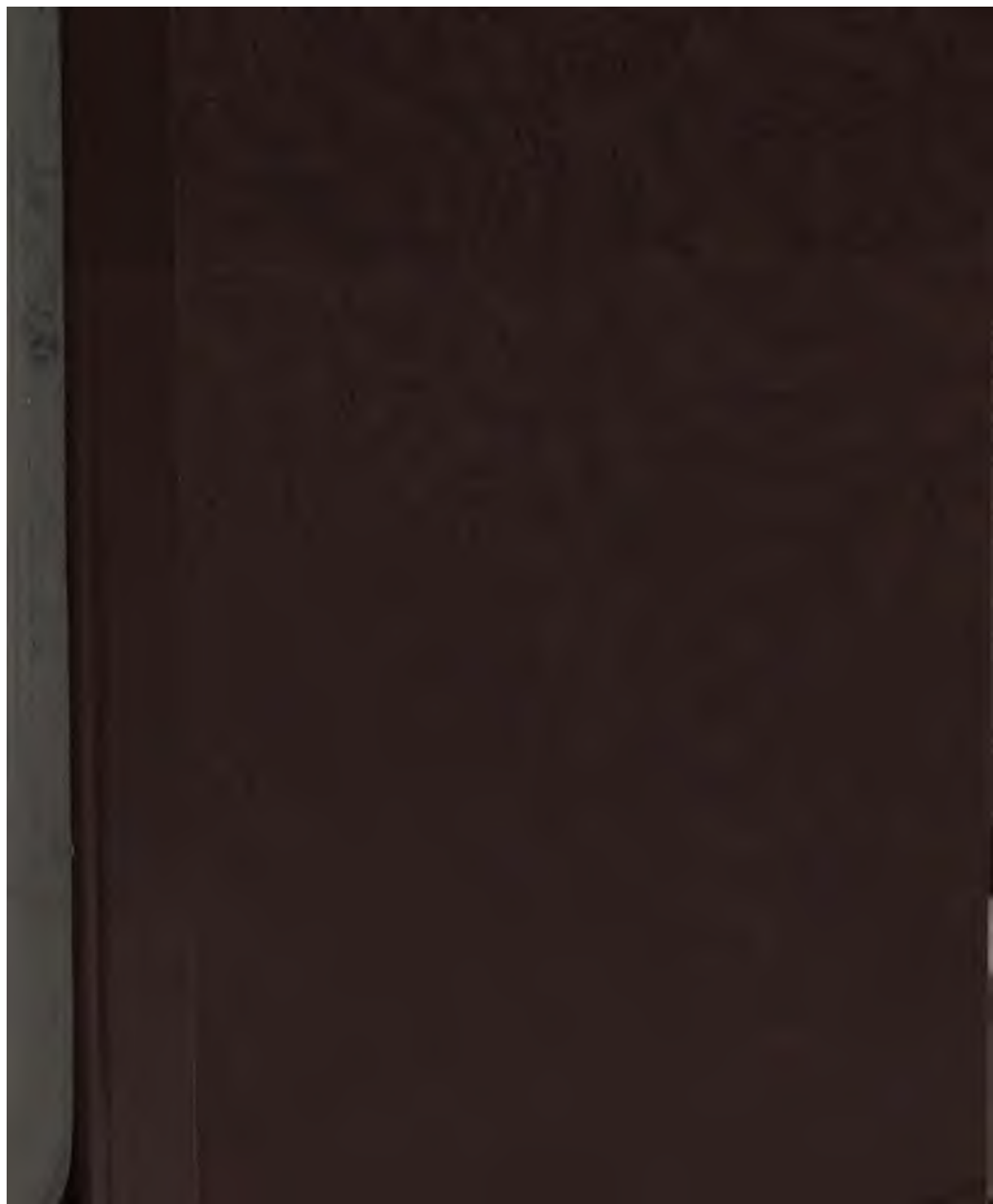
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

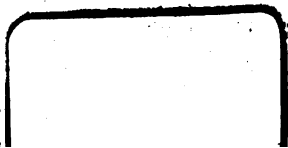
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





PÍO BAROJA

Divagaciones sobre la Cultura



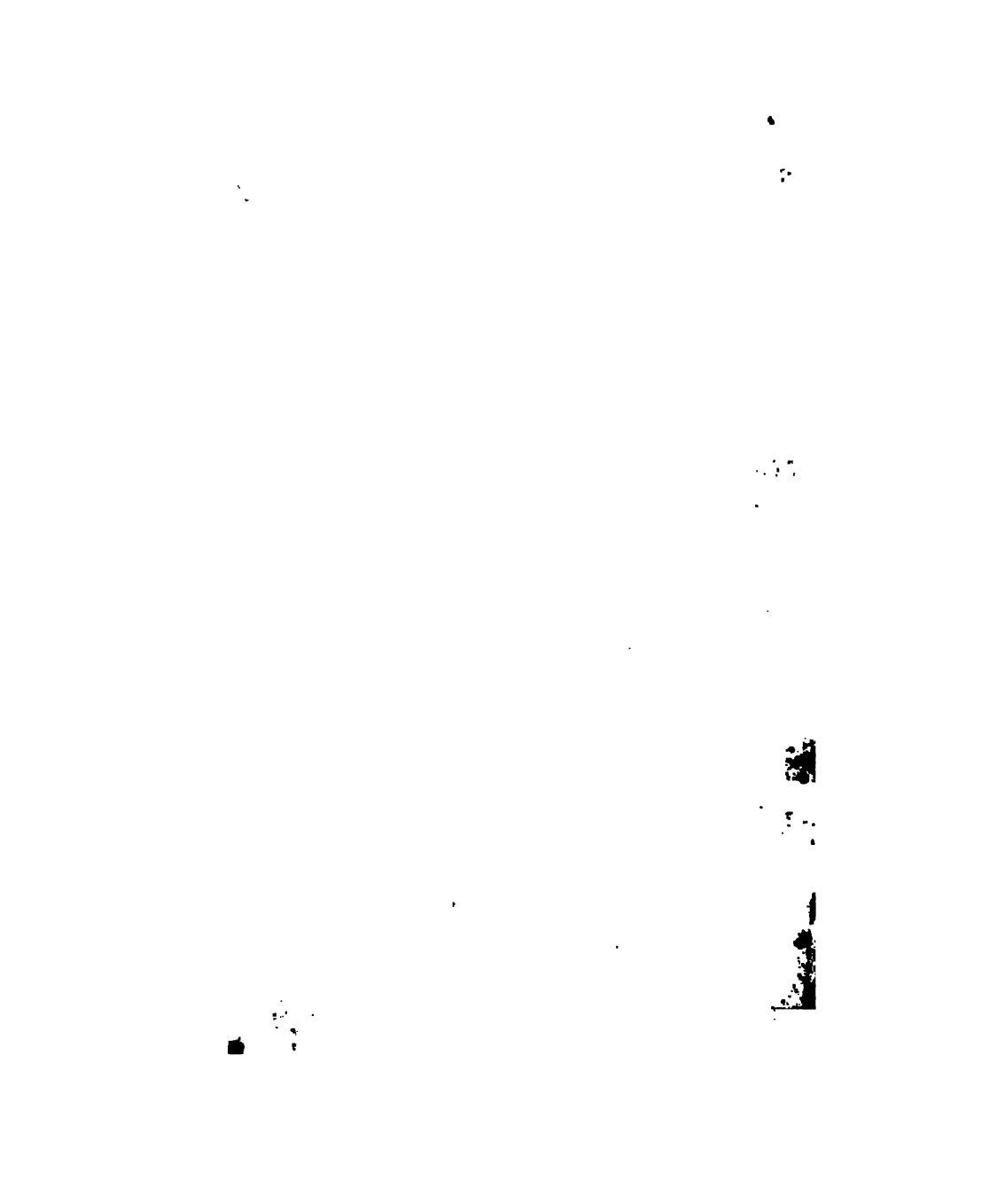
RAFAEL CARO RAGGIO
E D I T O R
MENDIZÁBAL, 34
M A D R I D





[The text in this section is extremely faint and illegible due to low contrast and noise. It appears to be a large block of text, possibly a list or a series of paragraphs.]





DIVAGACIONES
SOBRE LA CULTURA

ES ~~PROPIEDAD~~
DERECHOS ~~R~~ERBERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1920

Establecimiento tipográfico
de Rafael Caro Raggio.

Baroja y Nessi, Pío


PÍO BAROJA

DIVAGACIONES
SOBRE LA CULTURA



Rafael Caro Raggio
E d i t o r
Mendizábal, 34
Ventura Rodríguez, 18
M a d r i d

140



PQ 6603
A7 D55

Aclaración.

HABÍA pensado publicar esta Conferencia con notas, dándole así un aparato científico no muy extenso ni profundo, porque mis conocimientos no tienen gran extensión ni profundidad; pero al intentarlo he visto que mis notas no añaden nada al texto. También había pensado en aprovechar este escrito y refundirlo, quitándole sobre todo el aire oratorio, repulsivo, para mi gusto, que tiene una conferencia; pero esto hubiera sido hacer un nuevo trabajo al que no le hubiera podido añadir nada fundamental.

Me he decidido por dejarlo como lo escribí para leerlo en público. Mi deseo sería que la crítica pusiera mis DIVAGACIONES como una criba a fuerza de observaciones y argumentos en contra; pues esto aclararía mis ideas sobre muchos puntos que me parecen interesantes.

P. B.

SEÑORAS Y SEÑORES: Dispensadme que haya aceptado la invitación hecha por la Junta de Cultura Vasca para dar aquí una conferencia. Esta aceptación parece significar que el conferenciante tiene alguna idea nueva y sugestiva que exponer sobre un asunto dado. No; yo no pretendo decir algo nuevo o interesante acerca del vasto y complejo tema que he elegido para mi discurso. Me contentaría con hallar una orientación clara, definida y concreta en el horizonte complicado y confuso que se presenta ante mi vista. A pesar

de ello me lanzo a escribir estas cuartillas, con la idea de leerlas entre vosotros.

Negarse a presentarse constantemente ante el público revela suspicacia y algo de hipocondría, y yo, aunque padezco tales achaques, tengo también la veleidad de combatirlos y dominarlos.

Como mi conferencia tendrá varios capítulos, al entrar en cada uno de ellos leeré de antemano su epígrafe.

Asunto amplio.

El asunto elegido por mí para esta conferencia es amplio, demasiado amplio; pero, ¿cómo encontrar otro de proporciones más abarcables y de límites más circunscritos? Para ello sería indispensable cultivar una especialidad, poseer el secreto de una técnica, dominar el arte de la conferencia, cosas todas desconocidas por mí.

Estos asuntos amplios, como el de la cultura, seducen a primera vista, parecen grandes y claros, tienen dibujo y profundidad. Al asomarse a ellos, se figura uno ver la silueta de

una montaña formidable, delineada con claridad en el cielo. La silueta se nos presenta completamente definida, la altura se nos antoja abordable; pero al acercarnos a ella van apareciendo lomas, barrancos intermedios inesperados, desfiladeros estrechos. El terreno, que creíamos sólido y firme, es un terreno pantanoso y movedizo, y nos vamos poco a poco internando en una selva espesa, cruzada por múltiples senderos, pero sin ningún camino seguro.

Si la voluntad nos impulsa a seguir nuestra marcha por la vía que hemos elegido, si podemos salir de los matorrales enmarañados y de las cerradas espesuras, vemos con asombro que a

cada paso, en nuestra ruta, va variando la silueta de la montaña, sus líneas, sus colores, su aspecto, y, cuando llegamos más adelante, vemos que su nombre es seguro e inmutable; pues si en esta vertiente tiene uno, en la otra se le conoce por una denominación distinta.

Cierto que hay una técnica para el especialista en tales cuestiones, un método para abordarlas, para empezar y para seguir; pero yo confieso que soy un *dilettanti*, un curioso de la cultura, como de otras cosas, y no pienso inmovilizarme en las disciplinas especiales de una clase de investigación. No pretendo dar estas divagaciones como un trabajo serio y científico, sino como

un ensayo, como un boceto sin mayor trascendencia, de un carácter ligero, impresionista y arbitrario.

Para no hacer la labor de una manera completamente caprichosa y llevar una apariencia de orden al desorden, dividiré mis divagaciones en dos partes: en la primera trataré de la cultura general; en la segunda, del problema de la cultura, con relación a España, y de las conclusiones que yo intento sentar, más o menos lógicamente.

Vamos, pues, a la primera parte, que, como digo, versará sobre la cultura en general.

Historia de la palabra.

Al colocarse enfrente del concepto de cultura conviene, siguiendo la táctica empleada por varios autores, el intentar un estudio histórico de la palabra.

Cultura es, como se sabe, una palabra latina. Durante mucho tiempo se empleó en varias acepciones: como sinónima de cultivo del campo, como sinónima de elegancia de estilo, de finura, de urbanidad y, alguna rara vez, como vocablo relacionado con el

Según veo en el libro de Rodolfo Eucken, *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*, la palabra cultura no tomó hasta Bacon un sentido bien determinado. Desde Bacon se usó asociada a otras palabras; así se dijo, por ejemplo, cultura del espíritu, cultura estética, cultura de costumbres.

En el siglo XVIII, Herder, generalizador entusiasta, la aisló de sus adjetivos y habló sólo de Cultura. Hoy se emplea la palabra a todas horas en este sentido genérico, lo cual no es obstáculo para que tengamos del vocablo una idea vaga y confusa y no sepamos de ningún libro que pueda considerarse autorizadamente como

un tratado de la filosofía de la cultura.

¿Cuál ha sido el origen del éxito de la palabra cultura? ¿Qué encierra esta voz de atractivo para todos los hombres civilizados?

La razón, a mi modo de ver, es ésta: En nuestro tiempo, por obra, sobre todo, de los pensadores germánicos, se ha destacado la idea de la cultura como un valor máximo. La intención de este culturalismo es bastante clara: se trata de oponer a la concepción teológica del mundo, engendrada en la Edad Media, una concepción natural e intelectual que siga las tradiciones de la filosofía griega. Según la concepción teológica, hay que buscar

el sentido y la razón de la vida fuera de ella; según el concepto cultural, la vida tiene su razón y su sentido dentro de sí misma. Es decir, es inmanente.

Esta idea de inmanencia, que hace creer que una cosa tiene su principio y su fin en sí misma, se encuentra de antemano en el Arte. El valor de un cuadro de Velázquez se halla en sí mismo, no en sus consecuencias, que no las tiene. Lo mismo la vida para el filósofo, el valor de la vida está en sí misma, no en unas problemáticas consecuencias extravitales.

**Cultura y
civilización.**

Hay una palabra de sentido muy semejante a la de cultura, la palabra civilización, que nos conviene examinar.

Esta palabra data, según Eucken, de Turgot; aparece por primera vez en uno de los *Discursos sobre los progresos sucesivos del espíritu humano* escritos por el célebre economista.

La palabra civilización es la palabra de un francés; la palabra cultura es la palabra de un alemán.

No nos parece extraño, sino muy lógico y muy explicable, que sea así.

¿Hay para nosotros cierto matiz diferencial entre la idea de la civilización y la de la cultura? Para mí, al menos, lo hay; y diría con más facilidad que el pueblo francés es esencialmente civilizado, y el pueblo alemán, esencialmente culto, que no a la inversa.

No sé si este matiz tiene un valor general o no lo tiene; lo indudable es que estas dos ideas de civilización y cultura, hoy, al parecer, tan arraigadas, tan tradicionales, que se figura uno que han existido en todos los tiempos, no se encuentran en los autores griegos, ni romanos, ni siquiera entre los humanistas de los siglos xvii y xviii.

Parece extraño, y es verdad. Repasad los libros de Bayle, de Montesquieu, de Voltaire, de Rousseau, en los cuales se encuentran en germen todos los tópicos políticos de nuestra época, y no hallaréis en ellos, ni una vez por casualidad, las palabras civilización o cultura. Da la impresión de que las han escamoteado. Cuando se ve revolotear en las páginas de Fontenelle la idea del progreso indefinido de la especie humana, se cree que de un momento a otro va a presentarse una de las dos palabras: cultura o civilización; pero al final se advierte que ninguna de las dos se presenta.

En España, las palabras civilización

y cultura se emplearon escasamente a final del siglo XVIII y principios del XIX. Entre nosotros, y en esta época, gustaba más hablar de adelanto y de ilustración, dos ideas, sin duda, más superficiales, menos profundas y complejas. El adelanto, para el español de entonces se refería principalmente al aspecto mecánico de la civilización; la ilustración era un adorno social conseguido sin gran esfuerzo con los viajes y con la práctica de un idioma extranjero. Hoy, los conceptos de cultura y civilización se han intensificado, representan la síntesis de todos los problemas intelectuales y morales, son la demostración de que para el hombre no hay posibilidad de quedar in-

diferente ante los enigmas del Universo, y de que esos enigmas deben ser explicados de alguna manera, y su explicación debe dar normas de vida.

La Cultura ha tenido históricamente varias formas y diversos nombres. En una época se llama Aticismo; en otra, Filosofía; en otra, Humanismo; en otra, Reforma; en otra, Enciclopedia.

Como decimos, suponemos un cierto matiz diferencial entre el concepto de cultura y el de civilización. La cultura se refiere más al conocimiento puro; la civilización se relaciona más con el conocimiento práctico.

La cultura es el contenido de la ciencia en su valor intelectual; la civi-

lización es la misma cultura, más penetrada en la esfera ética, artística y en la vida social.

**Contenido de
la cultura.**

Ya hemos visto la modernidad de la idea y de la palabra cultura. Veamos si es posible aclarar su contenido. ¿Qué es la cultura? ¿En qué consiste?

La cultura del campo, o cultivo, significa el conjunto de labores a que se someten las energías físicoquímicas para producir en el ser vivo, animal o planta, ciertas funciones, o cier-

ta intensidad en las funciones que el hombre considera valiosas. Es, pues, una reflexiva reacción de la inteligencia sobre lo espontáneo de la naturaleza viva. No otra cosa significa, por lo pronto, la cultura humana. Es el cultivo o fomento de ciertas funciones del hombre que se consideran de máximo valor.

En rigor, esto sólo debía llamarse cultura; pero es el caso que, de significar esto: fomento, educación, técnica, para lograr un resultado ha pasado a significar las funciones mismas. De técnica, para conseguir, se ha convertido en conjunto de cosas conseguidas. ¿Qué es lo esencial del concepto de cultura?



El concepto de cultura es un concepto de valorización. Es indudable que para el hombre hay un rango en las actividades humanas, y las más altas, las más óptimas pertenecen a la cultura.

Haremos un pequeño escarceo sobre las opiniones que se han emitido acerca de la cultura.

Para Kant la cultura tiene como exclusivo fin producir un alto grado moral, individual y colectivo, que lleve a la plena libertad del espíritu.

Fichte, el discípulo del gran filósofo de Koenigsberg, considera el objeto de la cultura un objeto esencialmente ético y político.

Herder extiende el fin de la cultura

a la Humanidad. La cultura, según él, debe tender al desarrollo completo y a la armonía de todas las fuerzas universales, integradas por un ideal en el que se unan estrechamente la vida y la belleza.

Wolf, el célebre filólogo, identifica el concepto de cultura con el de Europa, identificación con la cual no se aclara gran cosa la idea de cultura, y que hoy por hoy no da tampoco una noción geográfica exacta, por haber traspasado la cultura universal los límites del viejo continente.

Si perseguimos otras nociones acerca de la cultura dadas por los autores, veremos a unos encontrarla en relaciones estrechas con la Moral y, por lo

tanto, con la Libertad, con las costumbres y con las funciones del Estado; a otros, considerarla más relacionada con la ciencia; a otros, con la superioridad de las razas, como el conde de Gobineau; a otros, por último, como Guillermo Ostwald, mirarla como una aspiración al mejor aprovechamiento de la energía humana, a fin de que ésta dé su mayor rendimiento. Para el químico alemán habrá más cultura en un pueblo cuanto menos fuerzas espirituales y materiales queden desaprovechadas. Esta es la misma filosofía que Ibsen pone en boca de su héroe Juan Gabriel Borkman.

Guillermo Ostwald ha expuesto en dos de sus obras más sugestivas, en los

Fundamentos energéticos de la civilización, y en el *Monismo como fin de la civilización*, un ideal de cultura fundado sobre el trabajo.

Para Ostwald la cultura antigua no es aprovechable. La verdadera cultura, según él, está en la utilización de todas las energías de la tierra y del hombre, haciendo que la pérdida de la energía se reduzca al *mínimum*. Es un concepto este utilitario parecido al del ingeniero que quiere obtener del carbón la mayor cantidad de calorías posible.

Es indudable que este concepto de cultura materialista, monista, es, desde cierto punto, más generoso que el ideal de la cultura antigua, que es

un beneficio para unos pocos privilegiados.

Ostwald aspira al desarrollo de una nueva civilización que tenga una unidad perfecta. No sería difícil encontrar una relación entre el sentido monista de Ostwald y las teorías de Karl Marx y de los modernos sindicalistas.

Para el historiador alemán Chamberlain, enfático y pomposo como cantor de la Alemania imperial y kaiseriana, la cultura es principalmente creación y arte; en cambio la civilización evoca, según él, una vida social de hormiguero. Para este escritor, Atenas es Cultura; Roma, Civilización.

Como no vemos, ni creemos que pueda existir una completa definición

de la cultura, lanzaremos unas cuantas proposiciones para limitar según nuestro criterio el concepto.

Desde un punto de vista intelectual, la cultura es un intento de explicación del Universo. Es una facultad de visión de conjunto de ideas científicas, éticas y estéticas.

Desde un punto de vista práctico, la cultura consiste en formarse una idea general de la Ciencia, de la Moral y del Arte que sirva de orientación y de guía en el mundo de las posibilidades. Es el ensanchamiento sistemático del horizonte mental.

La cultura supone una gimnasia de las facultades y un desarrollo de un sentido de la medida y del equilibrio

que impulsa a colocar lo absoluto dentro de lo absoluto y lo relativo dentro de lo relativo.

La cultura es, pues, algo organizado y protector del esfuerzo. Es la formación de un ser intelectual y moral sobre una conciencia primitiva y embrionaria. Los pragmatistas han dicho: Toda verdad es útil; tesis que aislada es un tanto problemática. Nosotros podemos decir: Toda cultura es fecunda.

Como vemos, no ha habido un criterio único de medida para la cultura. «¿Qué es lo que hay que saber en nuestro pobre mundo?», se ha preguntado el hombre. El filósofo griego y el filósofo germano, Platón y Kant, han res-

pondido: «el ser de las cosas». Buddha ha contestado: «el remedio contra el dolor de vivir». Los positivistas modernos, y Augusto Comte a su cabeza, dirán: «No hay que saber lo que son las cosas, sólo lo que de ellas nos importa para obrar».

Tenemos, pues, tres formas puras de saber primario: la teoría, la salvación y el pragmatismo, y eliminando la salvación como principio teológico, no científico, es decir, no comprobable, no nos quedan más que la teoría o especulación y el pragmatismo.

Formas de cultura.

Aunque la idea de la cultura es única, podemos contemplarla en varios y distintos aspectos prácticos, en innumerables facetas. Los aspectos más importantes son el científico, el ético, el artístico y, podríamos añadir un último aspecto, el dinámico, lo que vulgarmente se llama el adelanto.

En el lenguaje corriente, la cultura se refiere, principalmente, a la ciencia, al saber; la civilización a la ética, y el buen gusto a la estética.

Supongamos una capital en donde

existe de antiguo una universidad y una pléyade de profesores ilustres que han aumentado el acervo común de los conocimientos humanos.

En este pueblo de sabios, la vida no es de una gran pureza, es quizá inmoral y relajada, pero, a pesar de esto, se dice de él: «Es un pueblo culto».

Esta otra urbe no cuenta con un claustro universitario ilustre, ni sus profesores han puesto su nombre en las cimas de la ciencia, pero es un pueblo suave, amable, filantrópico, con una gran perfección en las leyes y en las costumbres, y se dice de él: «Es muy civilizado».

El tercer pueblo no se distingue por su ciencia como el primero, ni por su

moral como el segundo, pero posee un sentido estético fino, sabe respetar la estatua bella y el monumento antiguo, cuida con arte de un jardín, y para calificar a este pueblo se afirma de él que tiene buen gusto.

Por último, hay la ciudad generalmente muy moderna que no tiene alta ciencia, ni gran moral, ni refinado gusto, pero en ella hay medios rápidos de locomoción, trenes, tranvías, metropolitano, grandes hoteles, rapidez y facilidad en todo. A este pueblo se le llama un pueblo adelantado.

He aquí varias formas de cultura que pueden darse en una colectividad y también en un individuo, no porque sean exclusivas y el poseer una de ellas

implique la negación de las demás, sino porque predominen unas sobre otras.

De estas cuatro formas principales de cultura, algunas, indudablemente, permiten mayor desarrollo que otras.

La cultura intelectual o científica aumenta por momentos. Cada año que pasa da nuevas riquezas que ordenar y clasificar. No ocurre así con la cultura ética. Las verdades morales, si éstas en realidad existen como tales verdades, son pocas en número y muy limitadas.

Tampoco aumenta el número de las verdades artísticas, y el arte queda en gran parte como un fenómeno histórico que ha realizado casi por completo su evolución.

Respecto a la cultura dinámica es una consecuencia de la científica y aumenta a la par de ella.

El mayor o menor porvenir de estas varias clases de cultura impulsa, naturalmente, a los investigadores a dirigirse con más fervor a aquellas formas culturales de más intensidad, de más profundidad y de mayor horizonte. Así vemos en nuestro tiempo cómo aumenta el número de trabajadores científicos, y cómo el tipo del moralista y del utopista desaparecen.

Mirando la cuestión de la cultura desde un punto de vista individual, y descartando las intenciones teológicas, que no nos interesan y están fuera de nuestro asunto, se podrían encontrar

tres posiciones ante la cultura: Primera, la de los que consideran la cultura como una organización reflexiva para la felicidad del hombre; segunda, los que tienen el principio de la cultura, por la cultura; tercera, los que consideran que la cultura tiene como fin principal intensificar la vida.

En los primeros, en los partidarios de la cultura para la felicidad, incluiríamos a todos los pensadores de índole utilitaria; en los segundos, en los partidarios de la cultura por la cultura, entrarían casi todos los filósofos alemanes modernos; los terceros, los que pretenden la intensificación de la vida por la cultura, estarían presididos por Nietzsche.

¿Cuál es nuestro punto de vista ante el problema?

De las tres posiciones, para nosotros la que estriba en la busca de la felicidad es la más pobre. Respecto al ideal de la cultura por la cultura, comprendemos que este puro intelectualismo es antivital, ascético, que no da fuerza ni profundidad a la vida, y, sin embargo, nos conmueve, porque es heroico. Es el que representa la tragedia de la cultura de que habla Simmel.

Respecto al ideal vitalista de Nietzsche, que considera que la Ciencia, la Moral y el Arte, sin perder su esencia, tienen que estar mediatizados por la vida, este ideal, a pesar de parecer

francamente anti-intelectualista, es la
poesía de lo intelectual.

Más y menos
de la cultura.

Dejando estos puntos de vista un
tanto resbaladizos, trataremos de las
ventajas e inconvenientes de la cultura.
Algunos creen, y en nuestro país se
da mucho esta creencia, que es mejor
insistir en el conocimiento de un punto
especial que no intentar poseer una
cultura amplia. El desentenderse de las
naciones generales se considera práctico.

En la España actual se da mucho el caso del médico que supone no le conviene mas que saber medicina, y a poder ser sólo su especialidad; del arquitecto que quiere saber sólo arquitectura, y del abogado que pretende conocer sólo la práctica de la abogacía. Así tiende a desaparecer la cultura general; así ocurre que en España, a pesar de llevar cerca de un siglo en modernizar facultades y escuelas, no hemos tenido ni un historiador ni un filósofo en el siglo XIX, lo que ha contribuido al desprestigio de la Metrópoli en los países que hablan español. La especialidad produce la miopía espiritual. La extensión de la ciencia hace que se divida y subdivida la ma-

teria hasta el infinito, y un histólogo hoy ya no sabe zoología, ni un geólogo botánica, ni un historiador conoce bien mas que ciertos períodos de la historia.

Todavía el especialista teórico de la ciencia conserva curiosidad en su limitación; pero el especialista práctico se hace intransigente, fanático y llega a no saber bien ni su especialidad.

El paleógrafo que descifra y copia manuscritos antiguos y no tiene cultura filosófica e histórica, puede muy bien, por falta de buena orientación, hacer una obra perfectamente inútil. Lo mismo le puede ocurrir al microbiólogo y al químico.

La especialidad perfecciona una fun-

ción parcial a costa de la función total, progresan las labores extrínsecas; pero el hombre interior queda inculto: se hipertrofia la corteza del espíritu a costa de su centro y de su articulación. Así se ve al hombre actual sin solidez, insignificante, sin solidaridad consigo mismo, sin vigor psíquico, sintiéndose como un tornillo o como una polea que no tiene valor ni eficacia mas que dentro de una maquinaria complicada.

Es un error querer prescindir de la cultura general. Claro que no se puede pretender hoy poseer los conocimientos universales de los griegos, ni siquiera ser un enciclopedista como en tiempo de Diderot; las ciencias se

han ensanchado tanto, que los trabajadores científicos necesitan ser especialistas en su labor, pero les conviene elevarse hasta tener una visión de conjunto sobre su ciencia y sobre la cultura general.

No hacerlo, es perderse en el detalle y perder la orientación y el criterio.

Así vemos a gentes de clínica y de laboratorio burlarse y despreciar la filosofía y la metafísica, como si fueran un juego de locos. Para algunos de ellos, Kant y Schopenhauer son hombres que escriben obscuro, lo que cualquiera dice de una manera clara. A los que opinan así, les excusa el que no han leído a esos autores y que

quizá de leerlos no los hubieran comprendido. A uno de estos negadores de la filosofía le decía yo: «¿Cómo puede usted creer que la filosofía sea una mixtificación tan burda? ¿Cómo pensar que los hombres más ilustres hayan caído en ella?»

Si pudieran probarnos estas gentes que sólo los bosquimanos y los mandingos han tenido filósofos y metafísicos, no nos convencerían de la inutilidad de estas actividades; pero habiendo sucedido, como ha sucedido, que sólo los grandes pueblos inventores han sido pueblos de filósofos y de metafísicos, tienen que reconocer que invención y filosofía han marchado siempre unidas.

Decía Platón; que toda ciencia en el fondo es una reminiscencia; y cuando se piensa en ello se ve la gran verdad de esta frase, porque todo descubrimiento está ya de antemano en el espíritu del que descubre, y toda invención duerme en el alma del inventor.

Así, el pueblo cultivador de la ciencia o del arte es pueblo de reminiscencias, y estas reminiscencias han integrado antes su filosofía o su cosmogonía. El inconveniente opuesto a la incultura y a la miopía del especialista es la confusión y la dispersión espiritual del *dilettanti*. El dilettantismo puede ser bueno y puede ser malo. El dilettantismo bueno, la curiosidad exa-

gerada por todo, el único peligro que tiene es la intecundidad. El diletantismo malo es una apariencia de cultura: es como el follaje de un árbol cortado y sin tronco que simula estar vivo.

Se llega a este diletantismo cuando el conjunto de conocimientos de todo orden de una persona no tiene organización, sino apariencia de organización. Este hombre rico que va a Bayreuth y a Egipto, y a Grecia, y entiende un poco de cuadros y otro poco de música, y otro poco de porcelanas, y visita ciudades sin gran objeto, llega a ser un *snob*, casi un tonto, porque siempre ignora la razón fundamental de sus conocimientos.

...
...
...
La alta cultura.
...
...

Un punto que nos sale al paso es el del aristocratismo o de la democratización de la cultura.

La cultura, ¿debe ser privilegio de unos pocos, o debe ponerse al alcance de todo el mundo?

Por lo que veo en el libro de Burckhardt acerca de la *Civilización en Italia durante el Renacimiento*, este punto fué ya debatido en aquella época. Savonarola creía que sólo un pequeño número de gentes debía cultivar la ciencia, a fin de que ésta no pareciera

ra y de que hubiera —decía él— algunos atletas prestos a combatir los sofismas; los demás debían limitarse al estudio de la gramática, de la moral y de la instrucción religiosa.

Tendencia parecida ha sido muy general entre los reaccionarios. Los progresistas han pretendido la democratización de la cultura; pero hay que reconocer que ésta no es fácil y quizá no es posible.

La alta cultura es inabordable para el tipo del hombre medio de conocimientos. La Física, la Química, las Matemáticas, la Biología se han alejado de nosotros. Los Poincaré, los Hertz, los Roentgen, los Maxwell, los Lorenz, los Branly se nos van a regiones tan

lejanas y a cuestiones tan abstrusas, que apenas y con gran esfuerzo los podemos entender, no ya en sus trabajos especiales, sino cuando quieren ser claros y generalizadores.

«Para el proletariado ha de ser difícil llegar a la cultura media, e imposible alcanzar la alta cultura. ¿Cómo va a tener el obrero el reposo y el vagar necesario para ello? ¿Cómo le va a nacer el deseo de saber?»

«Aquí se podría intercalar un punto de política del porvenir.»

«¿A qué debe atender el Estado futuro con más fervor? ¿A la producción de la alta cultura o a la difusión de la cultura media?»

«Se podría concebir un estado de

instrucción primaria muy perfeccionado —dice Renan— sin que la alta ciencia hiciera grandes adquisiciones.»

Y añade después:

«La luz, la moralidad y el arte serán siempre representados en la Humanidad por un magisterio, por una minoría, guardando la tradición de la verdad, del bien y de lo bello.»

El culto de la cultura es aristocrático. Es una consecuencia quizá poco simpática, pero real, y es que el artista y el sabio, aunque parezcan revolucionarios, son, por su instinto, conservadores.

«Desde mi juventud, la anarquía me ha perturbado más que la muerte» —dice Goethe.

Ostwald, en uno de los libros citados, quisiera hacer de la cultura un instrumento de los Estados y de la Humanidad en beneficio del hombre actual, es decir, quisiera socializar la cultura, que es lo que pretenden ahora los bolchevikis rusos; pero mientras haya que guardar la ciencia antigua, aunque sea sólo por lo que tenga de útil para nosotros, y mientras la ciencia moderna tenga zonas teóricas inabordables y difíciles, se producirá la alta cultura.

**Porvenir de
la cultura,**

Otro punto relacionado con el anterior es el del porvenir de la cultura. Desde el siglo XVIII tenemos en el mundo la creencia de un progreso indefinido de la Humanidad. Antes esta idea no existía; Vico, como los antiguos griegos, creía que la historia se repite, y que los acontecimientos trazan un círculo cerrado; Goethe habló de un progreso en espiral; pero la mayoría de los hombres aceptó la idea de un progreso indefinido.

Herder dió, en las *Cartas sobre los progresos de la Humanidad*, un sistema de evolución progresiva y mística de las sociedades.

Esta idea del progreso indefinido se injertó en el optimismo cósmico de Hegel, Feuerbach y Augusto Comte, y en la evolución darwiniana. Examinada íntegramente esta idea del optimismo cósmico y del progreso indefinido y fatal, se ve que es la creencia del siglo XIX; una fe, un dogma, pero no una verdad demostrada.

¿Se repite o no se repite la historia? No lo sabemos. «Nada es nuevo bajo el sol» — se dice en el *Eclesiastés*. «Todo es nuevo, todo fluye» — dice Heraclito.

Nos movemos, es indudable; si progresamos o no, lo ignoramos.

Bergson supone que en la vida hay un impulso constante, un plan anterior que él llama el *elan vital*. Este concepto es una resurrección del verbo de la filosofía platónica y del concepto de idea de Hegel. La tesis de Bergson no constituye una explicación de la vida, sino un quiebro a la explicación.

Un escamoteo parecido de pura prestidigitación hacía el doctor Letamendi, dándose aires de definir la vida, diciendo que era una ecuación entre la energía individual y el cosmos. ¿Pero qué es la energía individual? Esto es precisamente lo que se quiere saber

cuando se quiere saber lo que es la vida, no la noción vulgarísima de que para vivir se necesita cosmos, es decir, alimentos, aire, etc.

Esta ecuación de Letamendi vale tanto como si alguien nos definiera el hombre, diciendo que es el producto de su cuerpo y de su traje.

Abandonaremos este punto afirmando de paso que no nos resuelve el problema Bergson con su *élan vital*.

Renan, refiriéndose a que él, como Hegel, había atribuido en su juventud, demasiado dogmáticamente, un papel central a la Humanidad en el Universo, dice: «Puede ser que todo el desarrollo humano no tenga más conse-

Nos movemos, es indudable; si progresamos o no, lo ignoramos.

Bergson supone que en la vida hay un impulso constante, un plan anterior que él llama el *élan vital*. Este concepto es una resurrección del verbo de la filosofía platónica y del concepto de idea de Hegel. La tesis de Bergson no constituye una explicación de la vida, sino un quiebro a la explicación.

Un escamoteo parecido de pura prestidigitación hacia el doctor Letamendi, dándose aires de definir la vida, diciendo que era una ecuación entre la energía individual y el cosmos. ¿Pero qué es la energía individual? Esto es precisamente lo que se quiere saber

cuando se quiere saber lo que es la vida, no la noción vulgarísima de que para vivir se necesita cosmos, es decir, alimentos, aire, etc.

Esta ecuación de Letamendi vale tanto como si alguien nos definiera el hombre, diciendo que es el producto de su cuerpo y de su traje.

Abandonaremos este punto afirmando de paso que no nos resuelve el problema Bergson con su *elan vital*.

Renan, refiriéndose a que él, como Hegel, había atribuido en su juventud, demasiado dogmáticamente, un papel central a la Humanidad en el Universo, dice: «Puede ser que todo el desarrollo humano no tenga más conse-

Nos movemos, es indudable; si progresamos o no, lo ignoramos:

Bergson supone que en la vida hay un impulso constante, un plan anterior que él llama el *elan vital*. Este concepto es una resurrección del verbo de la filosofía platónica y del concepto de idea de Hegel. La tesis de Bergson no constituye una explicación de la vida, sino un quiebro a la explicación.

Un escamoteo parecido de pura prestidigitación hacía el doctor Letamendi, dándose aires de definir la vida, diciendo que era una ecuación entre la energía individual y el cosmos. ¿Pero qué es la energía individual? Esto es precisamente lo que se quiere saber

cuando se quiere saber lo que es la vida, no la noción vulgarísima de que para vivir se necesita cosas, es decir, alimentos, aire, etc.

Esta ecuación de Letamendi vale tanto como si alguien nos definiera el hombre, diciendo que es el producto de su cuerpo y de su traje.

Abandonaremos este punto afirmando de paso que no nos resuelve el problema Bergson con su *élan vital*.

Renan, refiriéndose a que él, como Hegel, había atribuido en su juventud, demasiado dogmáticamente, un papel central a la Humanidad en el Universo, dice: «Puede ser que todo el desarrollo humano no tenga más conse-

Nos movemos, es indudable; si progresamos o no, lo ignoramos.

Bergson supone que en la vida hay un impulso constante, un plan anterior que él llama el *elan vital*. Este concepto es una resurrección del verbo de la filosofía platónica y del concepto de idea de Hegel. La tesis de Bergson no constituye una explicación de la vida, sino un quiebro a la explicación.

Un escamoteo parecido de pura prestidigitación hacia el doctor Letamendi, dándose aires de definir la vida, diciendo que era una ecuación entre la energía individual y el cosmos. ¿Pero qué es la energía individual? Esto es precisamente lo que se quiere saber

cuando se quiere saber lo que es la vida, no la noción vulgarísima de que para vivir se necesita cosmos, es decir, alimentos, aire, etc.

Esta ecuación de Letamendi vale tanto como si alguien nos definiera el hombre, diciendo que es el producto de su cuerpo y de su traje.

Abandonaremos este punto afirmando de paso que no nos resuelve el problema Bergson con su *elan vital*.

Renan, refiriéndose a que él, como Hegel, había atribuido en su juventud, demasiado dogmáticamente, un papel central a la Humanidad en el Universo, dice: «Puede ser que todo el desarrollo humano no tenga más conse-

... Nos movemos, es indudable; si progresamos o no, lo ignoramos.

... Bergson supone que en la vida hay un impulso constante, un plan anterior que él llama el *elan vital*. Este concepto es una resurrección del verbo de la filosofía platónica y del concepto de *idea* de Hegel. La tesis de Bergson no constituye una explicación de la vida, sino un quiebro a la explicación.

... Un escamoteo parecido de pura prestidigitación hacía el doctor Letamendi, dándose aires de definir la vida, diciendo que era una ecuación entre la energía individual y el cosmos. ¿Pero qué es la energía individual? Esto es precisamente lo que se quiere saber

cuando se quiere saber lo que es la vida, no la noción vulgarísima de que para vivir se necesita cosmos, es decir, alimentos, aire, etc.

Esta ecuación de Letamendi vale tanto como si alguien nos definiera el hombre, diciendo que es el producto de su cuerpo y de su traje.

Abandonaremos este punto afirmando de paso que no nos resuelve el problema Bergson con su *élan vital*.

Renan, refiriéndose a que él, como Hegel, había atribuido en su juventud, demasiado dogmáticamente, un papel central a la Humanidad en el Universo, dice: «Puede ser que todo el desarrollo humano no tenga más consi-

cuencia que el musgo o el líquen que cubre toda superficie humedecida.»

Modernamente ha aparecido una tesis peligrosa para el optimismo optimico y para el progreso indefinido, y, por lo tanto, para el porvenir de la cultura. Me refiero a la entropía o muerte calorífica del mundo, formulada por Clausius, Arrhenius, tratando de esta hipótesis, supone que la entropía no es universal. Muchos sabios aceptan la tesis del enfriamiento del globo, y se acercan a considerar la próxima decadencia de los hombres, que vagarán por el planeta frío en una triste manada, si es que no tienen de nuevo que guarecerse en las cavernas. El novelista Wells ha hecho una no-

vela a base de estas ideas desconsoladoras, y, últimamente, el físico francés Branly nos ha sorprendido con manifestaciones pesimistas de este mismo orden.

La entropía iría a ayudar en el hombre la decadencia que Gobineau llamaba la era de la unidad. Para Gobineau la decadencia humana vendría del mestizaje completo. Al llegar a tal estado, los hombres, según él, serán todos semejantes y vivirán como rebaños en una pesada, somnolencia, dominados por su nulidad, como los búfalos en las lagunas Pantinas. A pesar de tales predicciones pesimistas, la entropía y la era de la unidad, si son ciertas, están bastante lejos de nos-

otros para que podamos quedar tranquilos:

Tipos de
cultura.

Sería difícil elegir el tipo supremo de la cultura en la historia de la humanidad. Un pensador elegiría probablemente Platón; un poeta, Shakespeare; un novelista, Cervantes; un escritor, Goethe, y un hombre de acción, Napoleón o César; pero a todos estos hombres grandes, y a más que se eligieran, se les encontraría su flaco. A Platón, Nietzsche le acusará de

ser cobarde ante la realidad; a Shakespeare, le reprochará Tolstoy su palabrería retórica, y otros sus plagios; a Cervantes, su péfida actitud ante el héroe; a Goethe se le motejará por su egotismo frío; a César, por su depravación; y a Napoleón, por su brutalidad inhumana.

Otros grandes hombres que se podrían citar se les veía también con la llaga en el flanco. Espinosa y Kant son grandes filósofos, pero su vida es completamente pobre y mísera. Leonardo de Vinci es un gran artista, pero su moralidad parece sospechosa; casi todos estos hombres tienen aire de monstruos.

Algunos hay, sin embargo, cuya

vida es completa: no son, seguramente, los más afamados, ni los más admirados, porque el mundo ama lo extraordinario y lo teratológico, pero quizá son los que debían servir de ejemplo.

En el libro de Burckhardt sobre la *Historia del Renacimiento*, habla este autor de un artista y escritor italiano a quien sus contemporáneos llamaron el hombre enciclopédico, y que podría servir de modelo de cultura. Este escritor, este artista, es León Bautista Alberti.

Desde su infancia, Alberti brilla en todo lo que los hombres aplauden. Se cuentan de él actos de fuerza y de audacia increíbles; se dice que saltaba a pies juntos por encima de los hom-

bros de los demás; que en el Duomo lanzaba una moneda de plata hasta la bóveda; que hacía temblar y estremecerse bajo él a los caballos más fogosos; que quiso llegar a la perfección como andarín, como jinete y como orador. Alberti aprende la música sin maestro, lo cual no impide que sus composiciones sean admiradas por gentes del oficio. Bajo el imperio de la necesidad, estudia el Derecho durante largos años, hasta caer enfermo de agotamiento; cuando a la edad de veinticinco años comprueba que su memoria flaquea y desciende, pero que su inteligencia para los conocimientos exactos queda íntegra, se dedica al estudio de la física y de las

matemáticas, sin perjuicio de adquirir las nociones prácticas más diversas. Constantemente interroga a los artistas, a los sabios y artesanos sobre sus secretos y sobre sus experiencias. Además, se ocupa de pintar y de modelar, y hace hasta de memoria retratos y bustos de maravilloso parecido. Lo que produce sobre todo la admiración de sus contemporáneos es la misteriosa cámara oscura, en la cual hace aparecer, ora los astros y la luna, levantándose por encima de las montañas, ora el mar, que se pierde a lo lejos en la bruma.

A esto hay que añadir una gran actividad y múltiples escritos en italiano y en latín. Alberti es un hombre

humano y generoso. Todo lo que él tiene, todo lo que él sabe, lo pone graciosamente a la disposición de los demás; en cuanto a sus más grandes invenciones, las abandona al público, sin pretender ninguna remuneración. Le interesa todo, experimenta por todas las cosas una simpatía profunda. La vista de los árboles hermosos, de una campiña rica, le arranca lágrimas; admira la belleza humana, y, más de una vez, la vista de una hermosa comarca le cura de un padecimiento.

A esto une una gran fuerza de voluntad, y tiene como divisa la frase de que, para el hombre, querer es poder.

Este grande hombre del Renacimiento, sin ser de los genios más se-

ñalados de la Historia, es un tipo perfecto de cultura.

El tipo que me interesa es el de la cultura de la nación, que es el tipo de cultura que se forma en el seno de una nación.

La cultura de la nación es el tipo de cultura que se forma en el seno de una nación.

Cultura y nación.

La cultura de la nación es el tipo de cultura que se forma en el seno de una nación.

50. Pero si acaso me extiendo demasiado en mis digresiones, pasaré de prisa a otro asunto.

51. La cultura debe ser general, internacional o debe tener algún carácter nacional.

52. He aquí un punto difícil de resolver. No cabe duda que hay ciencias que apenas permiten un ligero matiz nacional, por ejemplo, las matemáticas, la

física; en cambio, hay otras impregnadas de espíritu nacional; la filosofía, la historia, etc. Cuanto más abstracto sea el objeto de una actividad humana, hay menos vaho de nacionalidad en ella.

A pesar de esto y de que el producto científico es, sin duda alguna, internacional, su producción no lo es. Cuando los discípulos de Descartes discutían de matemáticas y de física con Newton y Leibniz, tras unos y otros estaban Francia, Inglaterra y Alemania; lo mismo ocurría en las misiones francesa y alemana que fueron a Egipto en 1881 a estudiar el cólera; y cuando los físicos franceses atacaron las teorías de Maxwell. Esto demuestra

que debajo de lo general está lo particular, y que la unidad indiscutible de la verdad científica no implica la unidad de medios y procedimientos para llegar a ella.

Ya producida la cultura, se podría decir, aceptando dos términos gratos para Nietzsche, que todo lo apolínico, lo sereno, debe ser general, internacional, y todo lo dionisíaco, lo vehemente, lo apasionado, nacional. Lo apolínico vivirá en el reino de las ideas; lo dionisíaco, en el mundo de los deseos y de los ímpetus.

Así, pues, para nosotros la universalidad estará bien en la ciencia, en las leyes generales, en aquello que sea ampliamente humano; la particularidad,

en el canto, en el arte, en el baile. Todo lo puramente lógico puede ser internacional; todo lo sentimental, lo efusivo, nacional o regional.

La obra científica o filosófica es, pues, por su carácter, universal, y no puede suponersele, después de creada, nacional o regional; en cambio, la obra artística es siempre nacional, aunque puede llegar por su intensidad o por su belleza a universalizarse.

Al considerarlo así, no se hace, creo yo, más que seguir las indicaciones de la Ciencia, el Arte y la Historia.

El crítico puede determinar el tanto étnico o nacional existente en héroes como el Cid, como Rolando o como César, y en artistas como Rafael, Ve-

lázquez o Reynolds; pero, ¿quién será el que pueda señalar claramente el tanto étnico que haya en los teoremas de Arquímedes, de Galileo o de Newton? Esto no sólo no es posible, sino que ni siquiera está en los lindes de la suposición.

Si en las ciencias exactas y físico-matemáticas no se determina fácilmente, aunque exista, un carácter de raza o de nación, en las demás ramas del saber, si en la historia, en la filología, en la literatura y en el arte la raza rezuma, se siente el impulso étnico de una manera clara y precisa.

problemas de la cultura y la raza.
La cultura
y la raza.

Otro punto que se nos presenta muy sugestivo, aunque muy oscuro, es el de la relación de la cultura con la raza.

Para el conde de Gobineau, como para otros autores que le han seguido, la civilización ha sido el privilegio, la aptitud de una raza superior, de la raza aria o indogermánica.

Según Gobineau, la cuestión étnica domina los demás problemas de la cultura: esta cuestión es la clave de la Historia. La desigualdad de las diversas

razas humanas, cuyo concurso forma una nación, basta, a su modo de ver, para explicar todo el encadenamiento de los destinos de los pueblos.

Para él no ha habido mas que un pueblo energético, el pueblo ario, que tiene su representación actual más fiel en los germanos.

Ese pueblo es y ha sido — según nuestro autor — una especie de *radium* que ha ido animando todas las civilizaciones antiguas, hasta que hoy va decayendo por el mestizaje. Las siete civilizaciones mundiales que Gobineau señala en la Historia están integradas por ramas indogermánicas hasta la civilización alemana, esencialmente aria, según él.

Gobineau asegura que ni el clima, ni el gobierno, ni las costumbres, ni la religión, bastan para elevar una civilización: mientras no haya elemento indogermánico un pueblo no se elevará.

Gobineau tiene puntos de vista atrevidos, pintorescos, y algunos profundos; su sistema le permite cambios de frente y evoluciones muy originales; así, por ejemplo, considerando, como considera, el arte como una manifestación trascendental de la vida, no lo cree un producto genuino de la raza indogermánica, para él superior, sino que, por el contrario, supone que los pueblos son más artistas cuanto más mezclados están con sangre negra. Impulsado por esta teoría hace una

escala de pueblos artistas que, comenzando en los asirios y en los egipcios, pasa por los griegos, los italianos, los españoles y los franceses. A mayor pureza iría que el pueblo francés, ya, según Gobineau, no se da el arte.

Gobineau afirma que la decadencia de la civilización germánica viene del predominio de la influencia romana, que es una etapa avanzada en la era de la unidad. Para nuestro antropólogo, cuando las naciones europeas pierdan por completo su predominio germánico y se romanicen, les llegará la decadencia. Ya Gobineau ve en perspectiva la posible romanización de Inglaterra, que, indudablemente, la guerra actual ha acelerado.

Gobineau considera que, en su tiempo, el mundo ario, el mundo para él superior, el de la supremacía de la vida, se encontraba luchando contra el triunfo infalible de la confusión romana, en la serie de territorios que abarca un contorno ideal, que partiendo de Torneá, encerrando Dinamarca y Hanover, descendiendo por el Rhin, a una corta distancia de su orilla derecha, hasta Basilea; envuelve la Alsacia y la Alta Lorena, corre el curso del Sena, le sigue hasta su desembocadura; se prolonga hasta la Gran Bretaña y se une al Oeste con Islandia. Este era para Gobineau el baluarte del germanismo. Como se ve, el germanismo de Gobineau es más bien escandinavo.

El baluarte germánico de Gobineau resistirá poco, según él. Tras su ruina vendrá el triunfo de la confusión romana, de lo que ha llamado después el historiador Chamberlain el caos étnico.

A los trabajos de Gobineau siguen los de sus discípulos Vacher de Lapouge y Ammon, que intentan fortalecer las teorías del maestro.

Estos las llevan a la antropometría y hacen observaciones muy curiosas; por ejemplo, esa de que los habitantes de las ciudades tienen siempre la cabeza más larga; es decir, son más dolicocefalos que los habitantes de los campos.

Vacher de Lapouge considera que

el hombre rubio y de cabeza alargada; el *Homo Europæus*, es el elemento superior en los países del viejo continente; y llega a hacer una estadística un tanto arbitraria de lo que resta en los pueblos de Europa de este elemento. A España no le queda, según él, mas que medio millón de *Homo Europæus*.

El *Homo Europæus* de Vacher de Lapouge es el hombre audaz, genial, individualista, alejado del Estado, atrevido, protestante en religión; el *Homo Alpinus*, el braquicéfalo moreno, es el hombre vulgar, rutinario, burócrata, oficinista, de concepciones mequinas y de religión católica.

El historiador alemán Chamberlain

desarrolla una teoría paracida, dándole la extensión a la cultura más que a la antropología.

Leyendo las obras de estos autores se ve que dentro de ciertas posibilidades hay mucha arbitrariedad y fantasía.

Primeramente, los antropólogos han demostrado que no hay razas completamente puras, que los pueblos de Europa están casi todos mezclados, y que la expresión abio, si significa algo concreto en sentido lingüístico, no significa más que algo muy vago en sentido étnico; pero esto, a su manera de ver, no demuestra que no haya razas diferentes, sino que no se conocen aún bien sus características.

Otro punto podría tratarse aquí: el de la persistencia o no persistencia de los caracteres intelectuales y morales de una raza.

Todo hace creer que no hay una persistencia absoluta. Hemos visto por las experiencias del botánico holandés Hugo de Vries que lo que parecía más estable en el mundo vivo, las especies, cambian a veces bruscamente, sin necesidad de una evolución lenta, como no va a cambiar una cosa tan móvil y tan impresionable como la mentalidad del hombre.

Un historiador de Derecho, Meiring, afirma, según veo en el libro de Chamberlain, que el arrio trasladado a la Mesopotamia sería un semita, y al con-

trario. Yo no creo en esto. Creo que perdura algo en las razas, aunque por hoy no se sepa fijar bien lo que perdura.

En último término, la cuestión es si todas las razas son iguales, o no, para la cultura.

La idea afirmativa de la igualdad de las razas, como la idea del progreso indefinido, es una fe, un dogma del siglo XIX, pero no tiene comprobación.

Que no ha señalado la ciencia con claridad las diversas aptitudes de unas razas y de otras, es indudable; pero esto no quiere decir que no existan; lógicamente deben existir.

Quizá Gobineau se haya engañado

en sus detalles; pero la esencia de su tesis, la desigualdad de las razas humanas, a mi modo de ver, queda intacta.

En el fondo, el autor de esta obra, al hablar de la cultura germánica y latina, se refiere a la cultura germánica y latina. **Cultura germánica y latina.**

Dejando esta cuestión de las razas, muy amena y sugestiva, pero que no termina por hoy en nada claro, tocaremos otros puntos.

¿Hay señaladamente una cultura germánica y una cultura latina?

Nuestro querido amigo y maestro José Ortega y Gasset dice, en sus *Me-*

de las nieblas del Quijote, con cierta sorna, que cuando iba buscando la con-
tubiasmo los libros de Menéndez Pelayo, y, al ver que el autor hablaba de las nieblas germánicas, le nacía una compasión grande por los pobres hombres del Norte, que tenían que vivir entre brumas y obscuridades espirituales.

Suspírillos germánicos llamaba también Néñez de Arce a cierta clase de poeta lírica, creyendo, sin duda alguna, que sus versos, de sólida carpintería, eran superiores a los de Goethe y a los de Heine.

Las nieblas, la obscuridad, la confusión, se han atribuido exclusivamente a los pensadores germánicos, como la

claridad, la tersura y la elegancia, a los latinos, leúps tantú el v. coromios. «
«Esto es siempre cierto. Y si es
cierto, es siempre conveniente.» Renan
dice en el *Proemio de la Ciencia*: «El
francés no quiere expresar mas que
cosas claras, y las leyes más importan-
tes, las que presiden las transformacio-
nes de la vida, no son claras, se las
ve en toda especie de penumbras.»
Ortega y Gasset no cree que haya
tal obscuridad en una cultura y tal cla-
ridad en la otra. «No hay tales nieblas germánicas,
ni mucho menos tal claridad latina
— dice —. Hay sólo dos palabras que,
sin significar algo concreto, significan
un interés de caros. Existe — añade —

una diferencia esencial entre la cultura germánica y la latina; aquélla es la cultura de las realidades profundas, y ésta es la cultura de las superficies.»

«No se puede demarcar, indudablemente, dónde empieza la cultura germánica y dónde la latina; no sabemos separar qué es lo que se debe al pensamiento mediterráneo y qué al germánico; pero, sin pretender hacer separaciones, es indudable que hoy, a pesar de nuestro idioma latino, sentimos tanta efusión por lo vagamente germánico como por lo vagamente latino.»

«¿Qué hombres, qué ciudades se pueden llamar íntegramente germánicas? ¿Qué otros hombres, qué otras

ciudades se pueden llamar íntegramente latinas. La mayoría de las ciudades europeas, como París o Ginebra, Florencia o Venecia, Milán o Viena, se encuentran en la encrucijada de las dos civilizaciones.

Quizá únicamente se pueda decir de Roma que es latina, no por su raza, sino por su significación; y Roma ha sido uno de los pueblos más fuertes y de menos espiritualidad del Universo.

Todos los autores modernos hacen resaltar la diferencia de la cultura brillante de Grecia con la organización poderosa de Roma. Hoy a Roma no la consideran hija de Atenas, sino hermana de Cartago. Más que esparcir

la luz griega, Roma fué una pastilla para las claridades helénicas. La Roma pagana y la Roma semítica han tenido casi exclusivamente el amor del poder.

Así han dejado a su alrededor pueblos neuróticos que han vivido sugestionados únicamente por la idea del mando.

No creéis que la germanización de los pueblos haya sido tan absolutista como la romanización.

Los pueblos no germánicos que han vivido al margen de la cultura germánica han conservado gran parte de su carácter y de su originalidad; no así los pueblos latinizados, porque el espíritu de Roma, como se ha conten-

tado con mandar en los cuerpos, sino que ha querido y quiere mandar en las almas.

Yo no afirmaría el total de las proyecciones étnicas de Gobineau, pero creo, sí, que la presión latina costó mucha de la originalidad natural de Francia, de España y de Italia del Norte.

De una manera general, si no pretendiendo llegar más que a un juicio de aproximación, se puede decir que la cultura latina busca la unidad; la cultura germánica, la diversidad. La cultura latina ha defendido siempre el dogma, la autoridad; la cultura germánica, el libre examen; la una ha amado el cuartel, la plaza y el foro,

la otra ha amado el taller, el interior, en donde cada hombre es una conciencia libre; la una es cultura de leguleyos, de oradores y de soldados; la otra es cultura de trabajadores y de artistas; la una tiene el sentido psicológico de lo humano, de lo demasiado humano; la otra, el amor de la Naturaleza y de las cosas. No es petulancia, ni deseo de singularizarse; pero para mí la segunda, la cultura germánica, es más simpática. En la vida de nuestros países meridionales los hombres tropezamos unos con otros demasiado: nos odiamos, nos envidiamos, y es grato refrescar nuestro furor de lucha, en el amor por las cosas, en el panteísmo germánico sumergiéndo-

se en el éter puro de la substancia única, que decía Hegel.

Hé acabado la primera parte de mi conferencia dejando, naturalmente, de decir muchas cosas, porque en un asunto tan vasto hay que reducirse al mínimo. Temo haberos cansado, e intentaré ahora parar lo más rápidamente posible.

Me voy a lanzar a la confrontación de las ideas de cultura, al caso particular de España. Dispensad lo arbitrario que pueda haber en ello, lo impracticable y lo romántico.

constante el abate Masson la no se
debió a los que se le atribuyen
el haber escrito el artículo en
Valor de la cultura española.
abate Cavanilles. El abate Masson
en su estudio de los antiguos nob
le **Hace ya más de siglo y medio, al**
publicarse la Enciclopedia en Francia,
en el tomo Geografía, apareció un ar-
tículo titulado «España» en que se
decía: «Qué se debe a España, de
dos, de cuatro, de diez siglos a esta
parte, qué ha hecho por Euro-
pa?» El autor de este estudio, Masson
de Morvillers, se decidió por negar el
concurso de España a la civilización.
Tal artículo, en su tiempo hizo mu-
cho ruido. El abate Cavanilles contes-
tó con unas observaciones; el abate

italiano Diezma pronunció un discurso-respuesta, en francés, en la Academia de Berlín; don Antonio Ponz habló del trabajo de Masson, en su *Viaje fuera de España*, y don Juan Pablo Forner hizo una oración apologética acerca de la cultura española. Para mí, estos apologistas tenían razón en parte, pero no en todo. Así como Masson no quería ver lo positivo de la civilización española, los apologistas no querían ver sus deficiencias. Como un libro de texto: «Ciertamente, España no ha tenido esas minorías selectas de cultura media de los países centro-europeos. España nunca ha sido foco, sino periferia. Algunos hombres extraordinarios,

y luego, plebe. Ese es nuestro haber. Cuando hemos pretendido formar centros de cultura, como el Aranjuez del siglo XVIII, o el Madrid de Alfonso XII, hemos llegado a muy poco; en cambio, la plebe, cuando se ha lanzado a su obra, a pelear con el moro, a colonizar América, a luchar con el francés o a inventar sus héroes, ha hecho algo grande. Será incompleta nuestra cultura, pero negar su concurso a la civilización universal me parece absurdo. Con esencia española se han creado gran parte de los héroes de la literatura universal; de aquí han salido el Cid, Don Juan y Don Quijote, que han hecho soñar a las imaginaciones del

mundo; con esencia española se han formado los tipos de los conquistadores y de los guerrilleros, de los casuistas audaces y de los moralistas alambizados; con esencia española se ha formado el tipo triste y pensativo del caballero retratado por el Greco; de esencia española es la dama sabia, estilo Teresa de Cepeda, y de esencia española es la obra de Calderón, de Velázquez y de Goya.

Por qué el extranjero puede exigir más a un país? Nosotros, sí; nosotros podemos pedirle más al nuestro, porque vemos que España, grande en algunas actividades, ha sido muy pequeña en otras. España ha quedado rezagada en

un momento de la Historia y tiene mucha obra muerta que hay que arrojar al mar y mucha obra viva que realizar. El siglo xviii fue poca: sucesos de ataragamiento; y el xix, época de constantes agitaciones, no siempre fecundas. Cuando algunas personalidades de brío y algún hombre de genio, como Goya, estos dos siglos no han construido un edificio sólido de cultura. La Restauración, que quiso ser un Renacimiento, no fue más que una falsificación ética, literaria y política. Tras de esta época hemos comenzado a notar que no tenemos una ciencia española, ni una gran literatura moderna, ni un gran arte contemporáneo.

poráneo, ni una cultura general; ni
tenemos historiadores. La Restauración
nos mixtificó todo, y dió una aparien-
cia de España europea, que se vino
abajo con estruendo. La obra anti-
- La obra antigua de España es hie-
rrosa, pero hay que editarla, y no
está notoriada.

**Ideal de
España.**

«Qué quisiéramos que fuera España»
«Qué quisiéramos que fuera el
país vasco dentro de España»
«Quibá los españoles contestáramos
cada cual de distinto modo» este pre-

gunta. Yo quisiera que España fuera muy moderna, persistiendo en su línea antigua; yo quisiera que fuera un foco de cultura amplio, extenso, un país que reuniera el estoicismo de Séneca y la serenidad de Velázquez, la prestancia del Cid y el brío de Loyola. En ese foco de civilización hispánica, en que hubiera la integración de todos los sentimientos y de los principios étnicos que han constituido la Península, me gustaría ver el país vasco como un núcleo no latino, como una fuente de energía, de pensamiento y de acción, que representara los instintos de la vieja y oscura raza nuestra, antes de ser saturada de latínidad y de espíritu semítico.

Herder dice en uno de sus libros: «La perfección de una cosa consiste en que sea todo lo que ella deba y pueda ser.» Es lo que, después de Herder, entrará de lleno en la filosofía de Hegel, con el nombre de *Werden*, y será el *devenir* o llegar a ser en los idiomas latinos.

El *devenir* de España estará en la fructificación y en el desarrollo de todos sus elementos étnicos, como el *devenir* del país vasco sería no borrarse del todo en la latinidad, sino dar a su cultura un carácter propio peculiar no latino.

No es extraño que, pensando así, yo haya tenido la aspiración de dar un matiz no latino, poco retórico y poco

elocuente, de precisión y de sequedad,
dentro de la literatura española.

Claro que yo creo que este comien-
zo de cultura vasca hay que intentarlo
a base del castellano, no a base del
vascuence.

Esa tesis que ha sostenido don Julio
de Urquijo, afirmando la posibilidad
de que el éuslera sea lengua de civi-
lización, me parece una fantasía de
filólogo, pero no una realidad.

Hay que aceptar el hecho consuma-
do, y el hecho consumado es que
nuestro idioma de cultura es el caste-
llano, que poco a poco empieza a de-
jar de ser castellano para ser español.

no se puede ser vasco y español al mismo tiempo. La gran ciudad.

— Para realizar este ideal de cultura a que uno aspira como español y como vasco, se necesitaría una gran capital en España y una ciudad importante en Vasconia. Madrid no es aún, quizá llegue a serlo. España no tiene todavía la gran capital; los españoles no cantamos la gran fragua donde se puedan fundir los ideales; no podemos ser troqueladores de las ideas generales, como los franceses. Ellos cuentan con la provincia, como nosotros, con la

genialidad nativa que guardan en su seno todas las provincias, y además tienen el troquel de París, para las ideas suyas y para las ajenas.

Esta falta de gran capital nos da siempre un aire provinciano. Hay que resignarse a ello. Por ahora es un mal irremediable.

Si la aspiración a la gran capital que uno tiene como español, no se puede satisfacer cumplidamente, es más fácil llegar a realizar la aspiración de tener en el país vasco una ciudad grande, una ciudad importante, que pueda ir elaborando una cultura especial que, utilizando todos los elementos aprovechables, tenga cierto carácter vasco.

Los vascongados no hemos contado con ciudades importantes hasta ahora, y la civilización y la cultura son productos genuinos de las ciudades.

No creo que ninguna ciudad vasca haya tenido fuertes anhelos de cultura. El carácter de todas ellas ha sido, hasta aquí al menos, puramente dinámico, cosa necesaria en los pueblos nuevos. Respecto al ideal particularista, localista, que han engendrado, es un ideal defensivo, que a mí me parece un error de perspectiva, que ni siquiera es autóctono y original, porque procede del lado del Mediterráneo.

Vivir a la defensiva es un ideal bien pobre. Hacer de cada región un lugar sin peligros, sin aventuras, sin luchas

yi por lo tanto; sin triunfos, sería hacer de las naciones y del mundo un organismo tranquilo y razonable, que pesaría sobre nosotros como una losa de plomo.

No creó que un pueblo fuerte acepte; a la larga, un ideal puramente defensivo; toda fuerza tiende a extravasarse y a influir; una ciudad con vida tenderá a influir en las comarcas próximas. Esta influencia puede ser principalmente dinámica; pero toda dinámica necesita una explicación, y, por lo tanto, una cultura.

Los organismos M. los del futuro orgánico habrán de ser el resultado de un organismo más fuerte que el actual, y que será el resultado de un organismo más fuerte que el actual.

**Crítica y
verdad.**

Para fundar esta cultura se necesita, creo yo, un fondo de austeridad y de verdad, y una crítica severa y que no permita ilusiones, ni errores, porque, como dice Carlyle, el primero de todos los Evangelios es éste: que la mentira no pueda durar siempre.

Nada nos importa que la mentira y el error hayan vivido miles de años, y que los pragmatistas nos digan que el error, cuando tiene una forma sensitiva halagüeña, constituye una semi-verdad.

Hay errores fecundos, sin duda alguna; pero son fecundos en tanto que se les considera como verdaderos.

Si el héroe de Homero creía que en un momento Marte, Venus o Minerva podían ayudarle, su creencia le era útil; pero la invocación de esas personalidades míticas, ¿qué utilidad darán al soldado moderno, que no cree en ellas?

Renan pensaba que, a base de la verdad, no se podrá dar a las sociedades futuras el tono que tuvieron las antiguas. Nietzsche dice también que la filosofía debía dar a la vida y a la acción, no la verdad, sino la mayor energía posible y la mayor profundi-

dad: Lo biológico es necesario, afirma
en *Humano, demasiado humano*.

Esta actitud antiintelectual, la pri-
mera vista práctica, es completamente
ilusoria. El hombre de ayer, que obra-
ba con energía impulsado por una
mentira vital, la crea verdadera. (Có-
mo el hombre de hoy obraría lo mismo
por un motivo, creyéndola falso)

Cultura y carácter.

Naturalmente, no es fácil que la
Ciencia y la Cultura, al quitar un pre-
juicio, no arrastren algo de lo pinto-

resco de un país. Pero ¿qué valor tiene en el fondo esta nota pintoresca? Para mí, muy poco, casi nada.

Los ingleses han sabido adquirir ideas nuevas y quedarse con costumbres viejas; pero estas costumbres, cuando pierden su ambiente natural, nos parecen extravagancias sin valor. Ver en la Audiencia de Londres abogados con peluca, no nos produce el menor entusiasmo ni el menor respeto.

Bien está el instinto de conservación cuando se guarda el Partenón o las Pirámides; pero cuando se guarda una peluca o unos calzones, la cosa no vale la pena.

En el conflicto posible de la Cultura

con lo pintoresco; con lo externo, éste debe ceder el paso.

... La invención, como honor.

... Unamuno ha estampado una frase que a mí me parece una torpeza y un desacierto. Es esa de decir, refiriéndose a los pueblos inventores: «Que inventen ellos»; o, lo que es lo mismo, que construyan la ciencia los extranjeros. Nada encuentro más anticultural; más antieuropeo, que ese pensamiento. Es una frase de seminario o de sacristía. Puede ponerse al lado de la exposi-

ción de la Universidad fraimando Gervera, en 1827, en la que se decía: «Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir», frase que se ha transformado y se ha popularizado en «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar». Pensar, discurrir e inventar, son actividades paralelas.

Si sin invención, el hombre hubiera sido un animal; pero lo que caracteriza al hombre superior, al artista, al genio, es inventar sin necesidad.

Decir no queremos ser inventores, es como decir no queremos ser pensadores; nos contentamos con pertenecer a la parte baja de la Humanidad.

Hoy, la invención para un pueblo no es utilidad, es honor. Cualquier

invención o descubrimiento corre en seguida por el mundo y beneficia a todos.

Que un Roentgen invente los rayos X; que un Hertz descubra las ondas hertzianas, y Branly el colector, para dirigir las; que un Pasteur o un Roux elaboren sus vacunas, e inmediatamente los países todos se aprovecharán del descubrimiento.

Hasta en literatura pasa lo mismo. Breal dice en su *Ensayo de Semántica*, que hay un intercambio tan continuo, aunque no se traduzca por préstamos visibles, entre las lenguas de Europa, que el progreso obtenido en un punto se convierte en seguida en bien común de todos.

Es posible que no lo crean así las momias que forman parte de las Academias de *Limpia, Fija y da Esplendor*, pero el hecho comprobado es ese.

Como indicamos, la invención no es utilidad, es honor. Decir que inventen ellos, es renunciar al honor de la Humanidad culta. Es como el soldado poltrón que gritara: Que avancen los demás.

Cultura como fin y cultura con otros fines.

La Cultura puede ser sólo una antorcha que ilumine un país, y puede

ser un instrumento y un arma de dominación.

La Cultura parece que debe encontrar su verdadero fin en sí misma; pero si alumbra y esclarece, y lo que esclarece y alumbra es apetecible, ¿cómo la voluntad no intentará apoderarse de ello?

La Cultura no debería tener fines extraintelectuales, al menos de una manera permanente; pero si éstos aparecen en su camino, lógicamente se beneficiará de ellos. El desarrollo teórico de ciertas facultades produce siempre, a la larga o a la corta, una aptitud práctica para los hechos.

Así, en los países de gran cultura, el industrial y el hombre de negocios

marchan al lado del ingeniero, del químico y del médico, y lo que descubre el técnico de la inteligencia lo realiza el técnico de la acción.

La creación del sabio.

No creo que la tendencia puramente económica de lucha de clases haya de predominar constantemente.

Esto pasará, por lo menos tendrá sus treguas. Lo que no pasará es la necesidad del Arte y de la Ciencia.

Indudablemente, la Literatura y el Arte, como valores humanos puros, se

pueden crear libremente; no así la Ciencia, que necesita una organización anterior.

Las condiciones y circunstancias en que se crean los sabios y los inventores son siempre especiales y muy restringidas. Guillermo Ostwald ha estudiado el tipo de varios sabios, principalmente alemanes, y De Candolle, en su *Historia de las Ciencias*, ha seguido las circunstancias de familia austera, cerrada, tradicional, que han producido la mayoría de los sabios del mundo. Pero por encima de todas estas condiciones, lo que necesita el científico son armas apropiadas, es decir, un material vasto y complejo. He aquí palabras de Pasteur a este respecto:

«Laboratorios y descubrimientos son términos correlativos. Suprimid los laboratorios, y las ciencias físicas se convertirán en la imagen de la esterilidad y de la muerte; no serán mas que ciencias de enseñanza, limitadas e impotentes, y no ciencias de progreso y de porvenir. Dadles laboratorios, y con ellos reaparecerá la vida, la fecundidad, el poder. Fuera de sus laboratorios, el físico y el químico son soldados sin armas en el campo de batalla.»

Pensando en estas palabras, ¿cómo se va a extrañar nadie de que en España no haya Ciencia? Hay que poner una semilla en la tierra para que brote una planta. Mientras la nación, o la

región, o el municipio no siembren
no habrá cosecha.

**Técnica, jerar-
quía y disciplina.**

Crear el laboratorio, crear la técnica, sería formar el sabio. Formado el sabio, habría que darle una jerarquía, la jerarquía máxima en la sociedad. Necesitamos una jerarquía de capacidades; las jerarquías tradicionales ya no nos sirven. Necesitamos jefes, jefes indiscutibles. En lo que parece más vago y menos práctico, en el mundo intelectual los hemos tenido y los tene-

mos. Esta técnica y esta jerarquía constituirían una disciplina colectiva. Hay que aproximarse al ideal de que la colectividad exista para el hombre, y el hombre se preocupe de la colectividad.

Hay que organizar una sociedad, sino nueva, al menos un poco más justa y mejor. Organizar significa —dice Guillermo Ostwald— establecer una conexión tal que con cantidades de energía dadas se pueda producir la mayor suma y la mejor cantidad de trabajo.

En una sociedad así, cada individuo se encontraría más encajado en su puesto, estaría más contento y produciría más.

Hay que inventar un plan social, formar las inteligencias por la educación, hacerlas aptas para la adquisición y la organización de los conocimientos, darles capacidad de trabajo y de aplicación, formar los caracteres, darles vigor, resistencia, una disciplina fuerte que sirva para la lucha por la vida, y formar también los sentimientos que, siendo enérgicos, se desprendan de la crueldad y de las pasiones bajas. Hay que crear una solidaridad social que dé siempre una impresión de fuerza y de unión, y esta solidaridad no se puede constituir mas que a base de ideal, de jerarquía y de disciplina.

**Las posi-
bilidades.**

¿Podemos intentar una obra así en España?

No es fácil saberlo.

Por ahora estamos anquilosados con fórmulas viejas, con lugares comunes, retóricos. No tenemos todavía los españoles agilidad mental; no tenemos en nuestra cultura mas que una disyuntiva: O Roma o París. No somos capaces de mirar más lejos, ni tampoco somos capaces de inventar algo nuevo para nosotros.

Claro que los vascos no podemos

oponer a la cultura latina, que está arraigada aquí por la Religión, el Derecho y la Lengua, mas que un idioma moribundo, pobre y anquilosado, pero, al menos, podríamos tener la voluntad de no dejarnos arrastrar y la voluntad del comienzo.

Si tuviéramos esa aspiración habría que determinarla, organizarla, convertirla en ideal. Aunque seamos latinos por nuestra lengua de cultura, creo que actualmente sería más conveniente buscar elementos ideológicos en los pueblos que se relacionan con nosotros por el mismo mar, Francia, Inglaterra y Alemania, que no ir a tomar orientaciones en los viejos tópicos de la latinidad.

Hoy lo rápido para un país es la Ciencia. Crear laboratorios, crear una Universidad libre, sin hacer mucho caso del Estado y de sus fábricas de doctores, sería dar un gran avance.

La Ciencia es lo más inmediato para un país que quiera ser algo en el mundo, es lo que da el prestigio más rápido. Los hombres de ciencia interesan más que los literatos o los artistas, que son más nacionales.

En estos últimos años, fuera de España, en París y en otras ciudades europeas, no hemos visto mas que el retrato de un español contemporáneo nuestro: el de Ramón y Cajal, y no porque se le considere el único, ni el primero, sino porque los sabios for-

man la hermandad más ilustre y más querida de Europa.

La Literatura y el Arte seguirán en España, aunque no los protejan: es el instinto de la raza. La mayoría de los escritores y artistas españoles no hemos tenido la menor protección; muchos no hemos ganado con nuestras obras ni lo que gana un peón de albañil, y, sin embargo, seguimos trabajando, claro que sin esperanza de éxito ni de premio, lo que no nos da mucha efusión por la burguesía de nuestro país.

**Esfuerzo
y peligro.**

Crear una cultura científica e industrial, inventarla y propagarla por España, sería para un pueblo fuerte un arma de expansión y de dominio.

Este es un buen momento para España y un buen momento para el norte de la Península. El entusiasmo meridionalista que existía en el país hace años, ha pasado. Era necesario que así sucediera, pues por el camino que llevábamos hubiéramos llegado a tener como dogma que el flamenquismo y la gitanería, y hasta los negros de

Cuba, eran lo mejor de España. Todavía en Madrid, cuando yo era chico, el ser madrileño o andaluz era una gracia; en cambio, el ser vascongado, catalán o gallego, era casi una impertinencia. Hoy no se cree lo mismo.

Una región como la cantábrica, que va avanzando en su industrialización, puede tener dos ideales distintos: uno de defensa, que me parece pequeño y mezquino, dentro de una España que tiende a la pereza y a la languidez; otro, el de la expansión y el de la intervención, que se me figura grande y noble.

Para esto hay que forjar las herramientas de la España del porvenir, hay que crear un ser moral, un hombre de

acción, lleno de eficacia, que sepa, no dogmatizar, sino, como dice Carlyle, tragarse las fórmulas, para hacer. Hay que vitalizar la cultura y armarla hasta los dientes.

El tiempo apremia. La forma social actual ha de durar poco. Las formas sociales, como los seres vivos, tienen limitado su crecimiento y su expansión.

Estas formas se inician, crecen, se ensanchan, se amplifican, y cuando llegan a un punto en que no pueden desarrollarse más, se atrofian, se secan o mueren de un estallido.

Nuestra forma social está próxima al estallido.

La influencia del trabajador, del

obrero, va a irrumpir en la vida del Estado. El trabajador, hoy por hoy, tiene la tendencia natural de considerar el único problema serio, el único problema importante, el problema de su bienestar, unido al de la lucha de clases.

El trabajador tardará en considerar la Cultura como la flor más selecta de la Humanidad, y puede venir, por su influencia, un período de beocia que, después de la beocia burguesa de nuestros días, sería lamentable.

El tiempo apremia, y el que quiera triunfar tiene que aprovecharlo. Vivir a la defensiva, me parece un error; querer fundar naciones que hoy un aeroplano puede cruzar en quince minutos, es absurdo.

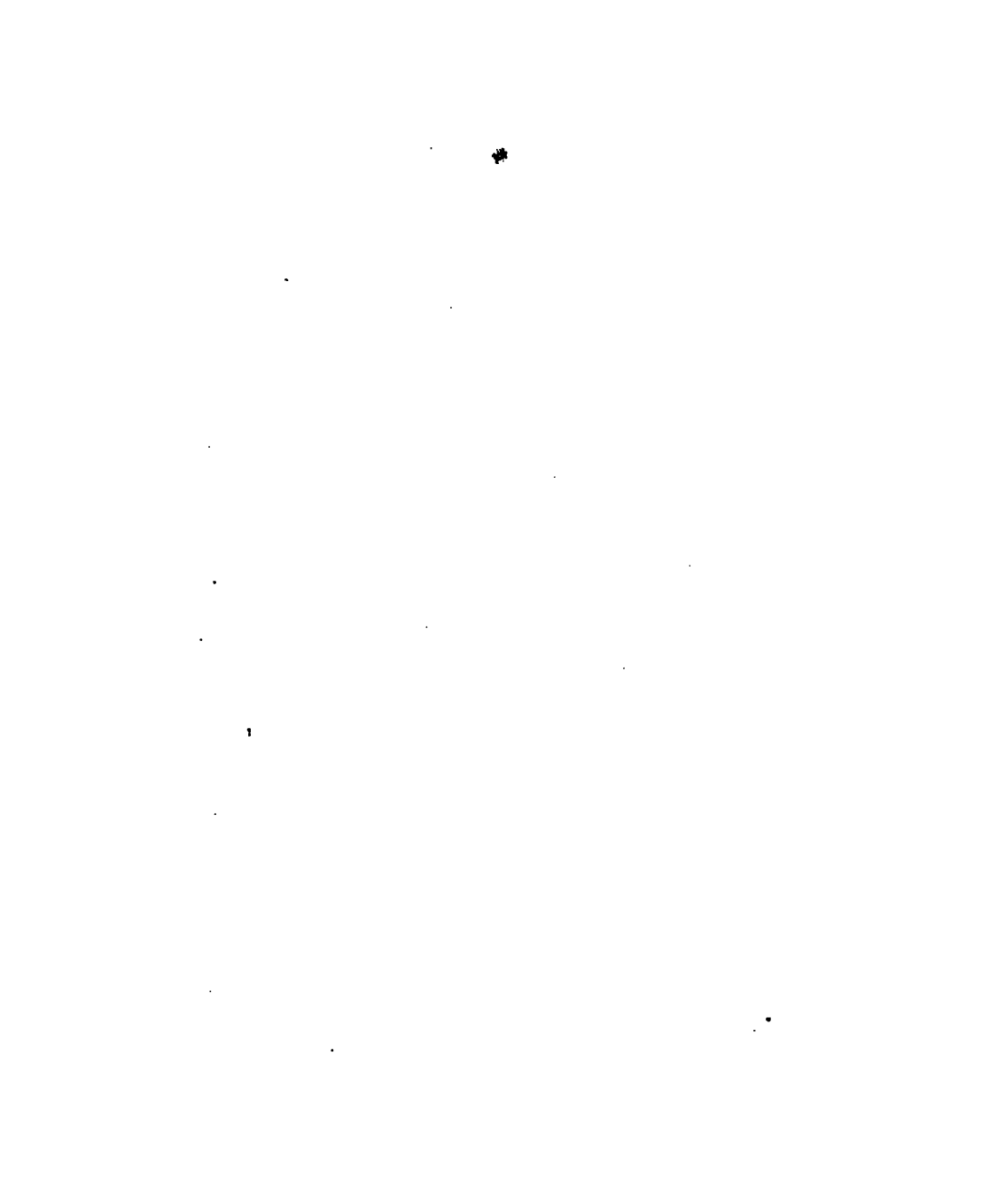
Aislarse, es señal de impotencia. Hay que atacar para triunfar en la vida. Toda la existencia es lucha, desde respirar hasta pensar. Seamos duros, hermanos, como dice Nietzsche; duros para la labor; más parecidos al diamante que al carbón de cocina.

Los pueblos fuertes, pletóricos, deben intervenir enérgicamente a su alrededor, con procedimientos nuevos, con ideales nuevos.

Los que sean capaces de dirigir a los pueblos vigorosos y activos deben crear cuanto antes el arma de la Cultura, y afilarla, como quien afila un estoque; deben marchar por su camino, sin pensar en si hay fracasos, siguiendo la mágica recomendación del

autor de *Zaratustra*, que nos aconseja vivir en peligro.

Los españoles hemos sido grandes en otra época, amamantados por la guerra, por el peligro y por la acción; hoy no lo somos. Mientras no tengamos más ideal que el de una pobre tranquilidad burguesa, seremos insignificantes y mezquinos. Hay que atraer el rayo, si el rayo purifica; hay que atraer la guerra, el peligro, la acción, y llevarlos a la Cultura y a la vida moderna.



The following information is provided for the purpose of illustrating the types of information that may be used in the development of a curriculum. It is not intended to be a comprehensive list of all possible information sources, but rather a selection of examples that demonstrate the variety of information that can be used in the development of a curriculum.

The information is organized into several categories, including:

- Primary Sources
- Secondary Sources
- Reference Sources
- Specialized Sources

Each category contains a list of specific information sources, such as books, articles, websites, and other materials. The list is intended to provide a starting point for the development of a curriculum, and to illustrate the types of information that may be used in the development of a curriculum.

The information is presented in a clear and concise manner, and is intended to be easily accessible to all users. The list is organized into several categories, and each category contains a list of specific information sources. The list is intended to provide a starting point for the development of a curriculum, and to illustrate the types of information that may be used in the development of a curriculum.

Precio:
DOS pesetas

Stanford University Libraries

3 6105 124 448 874



Stanford University
Stanford, Calif

Return this book on or before



